III

COMENTARIO¹GERMÁN SOMOLINOS-D'ARDOIS²

DESPUÉS DE oír las dos eruditas disertaciones con que los doctores de la Torre Villar y Fernández del Castillo han enseñado lo que el arte de imprimir novohispano aportó a la Medicina en el siglo XVI y la trascendencia y primacía que la obra de Francisco Bravo tuvo en la literatura médica mexicana de ese mismo siglo, insistir sobre cualquiera de esos temas sería redundancia imperdonable.

Conviene señalar varios datos personales sobre la obra de Francisco Bravo, los cuales reafirman o completan conceptos ya emitidos en las comunicaciones anteriores.

Para empezar por el aspecto físico de la obra y la estructura del libro, se trata de un libro pequeño, lo que en la clásica terminología bibliográfica se llama "en octavo". Algún autor atribuyó hace años este formato a la carestía del papel en México, al costo de la impresión y a otros varios motivos de índole, en su mayor parte, económica. Tal vez sea así, pero los que por oficio tenemos que manejar libros antiguos de medicina, sobre todo de los siglos XVI y XVII, sabemos por experiencia que el gran formato, "in folio", se reservaba a obras trascenden-

tales, aquellas en las que su autor presentaba algo que consideraba nuevo o libros clásicos de los antiguos, más o menos comentadas, casi siempre para uso didáctico. Lo atestigua el enorme tamaño de las obras de Galeno, editadas por Giunti, que junto con las de Hipócrates y las de Aristóteles en el mismo gran formato, se conservan en la Biblioteca Nacional. Vesalio no dudó un solo instante en presentar su *De humanis corporis fábrica*, en un enorme formato casi espectacular, y casi todos los autores españoles cuando publican obras que consideran importantes, lo hacen en tamaño grande. Ejemplos: la *Anatomía* de Valverde de Hamusco, la *Cirugía* de Daza Chacón, o el *Dioscorides* de Laguna, todos ellos en nuestra Biblioteca Nacional.

Cuando la obra tenía menos pretensiones, era destinada al médico sin intenciones didácticas o el presupuesto era más reducido, solía aparecer "en cuarto". En cambio el formato "en octavo", como el de nuestro libro se reservaba, con una regularidad casi constante, a lo que hoy llamaríamos artículos o monografías de revista. Trabajos cortos en los que el autor emite opiniones u observaciones más o menos originales, sin más prurito que comunicarlas y darlas a conocer o polemizar sobre algún punto. Ejemplos

¹ A los trabajos de sección presentados en la sesión ordinaria del 5 de abril de 1970.

² Académico numerario.

característicos de esta actitud los tenemos en Vesalio. El autor espectacular de la *Fábrica* publica en octavo sus trabajos monográficos como el de la *Raíz de la China* o las *Paráfrasis* al libro nono de Razes, con los que sólo trataba de polemizar. Laguna, el autor del *Dioscorides* monumental saca de las prensas más de diez trabajos monográficos sobre temas muy diversos y todos ellos aparecen en octavo. Finalmente Valles, cuya obra sobre Hipócrates, dedicada a Felipe II y destinada a la enseñanza complutense, está editada en tamaño folio, cuando publica sus múltiples estudios filosóficos, algunos tan importantes como la *Sacra Philosophia* o el *Methodus Medendi* lo hace en octavo. Esta es para mí la razón del formato de la *Opera Medicinalia*, obra cuyo contenido entra por completo dentro de la literatura médica de polémica o información casuística que en aquella época casi siempre se editaba en ese formato.

También llama la atención en este libro el salto brusco de la portada al texto. Apenas existen preámbulos. Todo se reduce a la dedicatoria del autor al virrey, una recomendación al mismo virrey del doctor Cervantes de Salazar y un poema epigramático de Melchor Téllez. Faltan todo aquello que pudiéramos llamar oficial, las aprobaciones y licencias, los pareceres, la orden de impresión. Incluido en el curso de la obra encontramos dos epigramas del notable cirujano Enrique Tavares *in lauden* a los libros segundo y cuarto y una larga epístola del propio Bravo al comienzo del libro ter-

cero dirigida a Luis de Villanueva, en aquellos momentos oidor de la Audiencia de México.

Realmente no sabemos explicar esta anomalía. Sospechamos pueda relacionarse con la elevada posición social del doctor Bravo, miembro de una extensa familia prominente en la vida mexicana de aquellos años, con parientes en muchos puestos importantes de la administración virreinal, con seguridad protegido y tal vez médico del virrey, el cual concedió su permiso directamente, sin trámites burocráticos, en fecha anterior a la rígida instauración inquisitorial que vino a implantar al Arzobispo Moya de Contreras un año más tarde.

El resto de estas observaciones se refiere al contenido de la obra y su posición en la ciencia de su época. En realidad son cuatro monografías inconexas, pero que por otro lado cubren los intereses médicos más actuales en el momento. La dedicada al tabardillo representa una aportación muy temprana dentro de la literatura médica española al conocimiento de esta enfermedad identificada como entidad nosológica por aquellos mismos años. Para México este trabajo tiene el enorme interés de haber sido la primera contribución al estudio de un problema que, desde entonces hasta hoy, ocupó la especial atención de importantes investigadores que contribuyeron para su estudio con sus mejores esfuerzos.

El segundo libro es un diálogo. La forma dialogada suele representar en el siglo XVI, entre los médicos españoles, influencia erasmista transmitida

casi siempre a través de la enseñanza complutense. En la literatura médica de México correspondiente a esos años encontramos varios ejemplos de obras dialogadas; el más notable, la *Verdadera Medicina* de Juan de Barrios impresa en los albores del siglo XVII. Pero además el motivo de este diálogo constituye la aportación mexicana a un tema de enorme controversia suscitada varias décadas antes y todavía candente en los años en que Bravo decide escribir sobre el asunto. El problema, hoy pueril, hizo intervenir a casi todos los médicos notables de Europa en la controversia, entre ellos Vesalio, al cual cita y apoya Bravo.

El tercer libro, para mí el más desafortunado, contiene una teoría propia para designar los días decretorios más adecuados para emitir juicios pronósticos durante una enfermedad aguda. El tema estaba en revisión en esos mismos años en toda Europa y con posterioridad a Bravo encontramos a médicos tan notables como Luis Mercado que se ocupan del problema, resuelto por Bravo en una curiosa tabla que intercala en su obra.

Finalmente, el cuarto libro da principio al largo proceso de aculturación médica cuyo auge se alcanzará años más tarde, principalmente en las obras de Hinojosos, Farfán y Ximénez. Trata de la zarzaparrilla, planta netamente mexicana, hierba, como demuestra Bravo, desconocida por los antiguos e identificada erróneamente por los modernos con las *Smilax aspera* de Dioscorides. Sus efectos terapéuticos asombraron de tal manera a los médicos

Europeos, tanto los llegados a México, como los que la recibieron en Europa, que en el libro de Francisco Hernández se stampa esta frase "Apenas hay, . . . entre la variada multitud de enfermedades alguna contra la cual digan que no aprovecha, y afirman, por tanto, que con sólo haber sido descubierta esta planta y dada a conocer a los habitantes de nuestro Viejo Mundo, no quedaron fallidos los reales esfuerzos, ni fueron inútiles los gastos hechos y trabajos realizados". En fin casi viene a decir que el descubrimiento de esta planta justificaba la conquista de América. Hoy, que la zarzaparrilla ha quedado reducida al limitado papel de bebida refrescante, nos parece exagerada esta afirmación pero en su momento explica la razón por la cual en el primer libro de medicina que se publica en América está justificado, se dedique una de sus partes al estudio de esta maravilla terapéutica, con características de panacea universal.

En resumen: el libro de Bravo representa en el año 1570 una evidente obra moderna, indica en su autor inquietudes e intereses consonantes con el estado de la medicina de su época. Es un libro de altos vuelos científicos, comparable a cualquier otro de los que en esos mismos años publican las primeras figuras de la medicina europea y Francisco Bravo cuando lo compone y redacta, está animado del mismo espíritu renacentista que podemos descubrir en figuras contemporáneas como Francisco Valles, Laguna, o Mercado, médicos notables en la corte española de esos mismos años.